



El teatro también se lee

DE COMEDIAS Y OTROS RECUERDOS TEMPRANOS

Cuadro personal en un solo acto pero en muchas jornadas

La afición a inspeccionar con avidez estanterías abarrotadas de libros, sobre todo si la sistematización y el orden biblioteconómico no las ha domesticado, me viene de pequeña, o mejor aún, de la primera adolescencia, cuando sola y a veces subida en una silla, iba descubriendo las lecturas que ocuparían, sin orden ni concierto, la casi totalidad de mi tiempo libre de colegiala.

(Tarde de verano en un domicilio de familia media española de los 70).

Los libros de la casa familiar se encontraban distribuidos sobre todo entre dos zonas: el cuarto de estar y la gran estantería del pasillo, un pozo heterogéneo de lecturas alternativas. Con las más tempranas inspecciones llegaron las tres obras que siempre he reconocido como mis primeras lecturas «adultas»: dos novelas, *Nada* de Carmen Laforet y *Crimen y castigo* de Dostoievski, y una obra de teatro ¡mi releído *Pígmalión*!, al que llegué por un Estudio 1 de televisión y mucho antes de ponerle a Higgins la cara de Rex Harrison en *My fair lady*. Fue una sorpresa encontrar en casa aquel volumen de pastas verdes dedicado a Bernard Shaw, casi escondido en un rincón del mueble, tras una pequeña placa de madera y metal, premio reciente a uno de mis hermanos por su actuación de teatro leído en el colegio mayor universitario.

«Los Aguilares» del cuarto de estar me dieron a Shakespeare, sobre todo a *Hamlet* y a *Julio César* ¡Ay, el monólogo de Marco Antonio! y también a Lorca, aunque perdonenme, entonces era joven y sus personajes y el ambiente me angustiaban, mucho más que las brumas de Dinamarca, mucho más que las penalidades de la *Antígona* de lectura obligatoria..

Pero Aguilar también me dio, poco después, la relajación festiva, la exquisitez y frivolidad demoledoras de Oscar Wilde, con *El abanico de Lady Windermere* y, sobre todo, con *La importancia de llamarse Ernesto*. El ejemplar que ahora tengo es de Aguilar como el otro, pero mucho más convencional; aquel otro, el primero, el que me descubrió a Wilde, tomado, por supuesto, de la librería del pasillo, era de piel, sí, pero roja, mucho más dandi y rompedor que el de mi propiedad.

(Típica cafetería de Instituto de Enseñanza Media —femenino, por supuesto— en la España de los 70. Un grupo de estudiantes habla y ¿discute? apasionadamente).

Junto al descubrimiento y disfrute de obras clásicas, cuya lectura era impuesta, afortunadamente, por los profesores

de literatura o de latín y griego, el teatro no estuvo ausente de las lecturas libres de tiempos de instituto, en aquellas épocas de adolescencia plena y orgullosa, cuando un buen día bajas a la calle, entonces comprendes y rompes todos tus versos. De esa época recuerdo dos obras especialmente impactantes, por tema, diálogos, dureza y, en el caso de una de ellas, porque fue con la que descubrí las nuevas escenas minimalistas del teatro: *Historia de una escalera*, de Buero, y la inevitable *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett.

(Recuerdos muy queridos entran en escena contundentemente).

Con todo, mis primeras relaciones con libros de teatro son anteriores a la lectura misma y están presididas por dos comedias españolas, perdón, una de ellas es «caricatura de tragedia», a las que quiero homenajear de un modo especial desde aquí.

Con *Eloísa está debajo de un almendro*, de Jardiel Poncela, he pasado grandes momentos, me sabía diálogos de memoria antes de leerla y sigue siendo una elección segura para los y las adolescentes cercanos a los que regalo libros. Lo leí y releí siempre en un ejemplar de los famosos RTV de Salvat —el número 13 de la colección de color azul— que continúa en la ahora solitaria casa familiar, mientras que en este momento tengo delante otro ejemplar idéntico, propiedad de la persona que comparte conmigo vida y libros y que, por cierto, lo tiene absolutamente subrayado.

La otra obra, la llamada por su autor «caricatura de tragedia», es, por supuesto, *La venganza de Don Mendo*, de Muñoz Seca, de la que creo difícil que alguien no pueda recitar de memoria alguno de sus versos o rípios más ingeniosos. Hice mi primera lectura de esta obrita en una edición de los años 40, de pequeño formato y con cubierta coloreada, que, con entrañable dedicatoria, fue el primer regalo que mi padre hizo a mi madre cuando se hicieron novios. El ejemplar que ahora tengo delante fue también el primer regalo que hice «de novios» a quien, ya que no escribió rimas como Bécquer ni se atizó un tiro como Larra, terminó casándose con una muchacha de Zamora, que, como todo el mundo sabe, es lo más frecuente. *(Fin del cuadro).*

Margarita Becedas

Directora Biblioteca General Univ. de Salamanca